

tira de un quinto piso, y al pasar por el segundo, le grita a la familia: "hasta aquí voy bien...." Y es verdad: van bien. Ellos caen sobre un colchón de.... billetes de banco. (1).

Porque no debeis juzgar a esos hombres con vuestra propia mentalidad. ¿Sabeis cual es, en el fondo, el secreto de su resistencia? Se saben aislados del exterior, se sienten odiados en el interior, todo lo ven, todo lo comprenden; pero saben también que están en su negocio y que cada día que pasa son los cien, los mil, los cien mil pesos que vienen o van a venir, el día del turno, a su bolsillo. Después, el destierro, pero ¿qué importa? En París no hay enchiladas, pero hay pan y.... las penas con pan son menos.

El que conozca la vida de Madero y no haya perdido toda facultad de admiración, de juicio crítico, tiene que reconocer que esta vida, toda entera, es una maravilla. No daré en lo sucesivo otra respuesta a todo ese mundo de ignorantes o resentidos que ultrajan su memoria. Su política fué quizá contraria a los intereses de los impacientes porque pudo haber retardado el triunfo de las ideas niveladoras. Esto, el tiempo lo dirá. Pero si tuvo errores,—¿quién no los tiene?—*Errare humanum est*, dijo el buen viejo Horacio.—Si tuvo errores, éstos no fueron contra la nación, sino contra sí mismo. Contra la con-

(1) El "pacto de la Ciudadela", que mejor debiera llamarse "pacto de la Embajada", es, hoy día, injustificable. He aquí una nota aparecida en "El Imparcial", 22 de Julio de 1914:

Posteriormente, las afirmaciones del Ministro don Ernesto Madero, fueron confirmadas por un cablegrama del Presidente Taft (16 de febrero), en el que se leen los párrafos siguientes:

".....Su Excelencia ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México.—Su Excelencia debe estar advertido de que los informes que se dice han llegado a usted, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos.—Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de paciencia y buena voluntad".

Este cablegrama fué conocido por los señores senadores y por el Pueblo, el mismo día de su recepción, por haberse hecho circular profusamente en boletines impresos.



servación de su poder, jamás contra sus principios. Contra su interés terreno, jamás contra su gloria. Madero fué, ante todo, un lógico.

Las dos más fuertes personalidades de la América latina contemporánea son García Moreno, el Presidente-mártir del Ecuador y Madero, el Presidente-mártir de México. Los dos fueron rectos, los dos fueron inexorables. Su dogma, adverso. El autócrata inflexible, defensor de la religión, severo vengador del derecho cristiano, y el demócrata irreductible, defensor de los oprimidos y los humildes, enamorado de libertad y de justicia. El uno, absolutista, decretando: "Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malvados", lo que abría la puerta a todos los abusos, a todas las arbitrariedades. El otro, guardián de leyes, moderador de pasiones, conciliador de intereses, diciendo: "Libertad y garantías para todos, para los buenos y para los malos." El uno: Dios y Pio IX. El otro: Pueblo. Agricultores los dos, ricos los dos, como los dos igualmente nutridos de ascetismo, ebrios de certidumbre y espantosamente valerosos ambos. El uno, marchando recto a su misión divina: dándose el otro en cuerpo y alma a su misión humana. El soldado de la fé y el soldado de la ley. El hombre de Dios y el hombre del Derecho. Uno, arrojándose como un grupo de fieles al abordaje de los barcos rebeldes: otro, lanzándose a la insurrección después de haber agotado todos los recursos de la ley, después de haber sido puesto fuera de la ley —con las sienes encanecidas por la noche angustiosa cuando supo la muerte de Serdán— para ponerse a la cabeza de un puñado de valientes y arrostrar la muerte, la muerte oscura de los heroes mexicanos. El uno, feroz, tomando la política a lo trágico: el otro, sonriente y lleno de confianza: "es una crisis de crecimiento". El paroxismo de la severidad: el vértigo de la indulgencia. En el uno, Méndez o Jiménez sin la perfidia: en el otro un Juan Jacobo cuya vida hubiera concordado con las doctrinas. El uno, creyéndose el enviado de Dios, justiciero sin misericordia: el otro,

delegado del pueblo, invocando los derechos del pueblo. El mismo fervor místico, la misma sinceridad intrínseca, la misma historia abundante en rasgos nobles y viriles. La misma lógica. ¡Pensadores del mundo, saludad estas nobles figuras de América! Ambas son dignas de la Historia.

Madero no confió nunca más que en el pueblo; aun cuando se mostró ingenuo con sus enemigos, fué porque sin ignorar la maldad de éstos, "esperaba" en el pueblo; Madero no dependió nunca de nadie y cuando se confió a alguien, jamás fué inconsecuente con sus principios idealmente humanos y comprendió el beneficio de las buenas influencias; Madero se aferró con toda su fuerza a sus más altos ideales y no se dejó seducir por objetos tan vulgares como la riqueza, la posición, la popularidad: Madero-Presidente fué Madero-Agricultor, Madero-Benefactor, Madero-Apóstol, Madero-Revolucionario: Madero fué siempre Madero. Madero hizo siempre consistir su valor en lo que era y no en lo que tenía, y lo que era se mostraba en lo que hacía. Madero no envidió a nadie ni se apuró nunca, ni se irritó nunca sino contra la injusticia. Madero sacó siempre, para sus fines, el mejor partido que las oportunidades le presentaron y empleó siempre provechosamente todos los momentos de su vida. Madero procuró rodearse de la gente más noble que pudo encontrar en una sociedad sin pudor cívico y gustó de vivir con los fuertes de espíritu. Madero estaba hecho para vivir solo, patriarcalmente, tal como lo conocí en San Pedro, pero sacrificó su ascetismo, sus gustos simples y tranquilos, a la felicidad de su país. Madero tenía el espíritu nutrido de las más sanas lecturas y creyó que la grandeza y el heroísmo del pasado podrían revivirse en el presente y se preparó a descubrir príncipes, profetas, apóstoles y héroes entre las personas que lo rodearon. Madero fué en la tierra lo que los buenos esperan ser en el cielo, su mismo "espiritismo" no tuvo otro origen. Madero cultivó amistades ideales y Pino

Suárez fué la más fuerte emanación de su voluntad inquebrantable. Madero reunió en su círculo íntimo a todos aquellos que tuvieron sed y hambre de verdad y de justicia, convencido de que mismo cielo no podía ser otra cosa que la intimidad de almas puras y nobles. Madero no rehuyó nunca a ningún acto útil o benévolo, por duro y doloroso que fuera y sabía que el valor de las acciones se mide por el espíritu con que se hacen. Madero no se turbó nunca cuando sintió el desprecio de los aristócratas y los militares: se cercioró de que su camino era el recto y lo siguió imperturbablemente. Madero no se descorazonó nunca si mil planes fracasaban, le bastaba el convencimiento de que sus propósitos eran buenos. Madero practicó los ejercicios corporales y la equitación y la natación particularmente, con el ánimo de fortalecer su cuerpo y su espíritu; pero no se degradó en el "deportismo" a la manera de los jóvenes de su clase, sino que consagró su vida a obras de energía, eliminando de ella todo pasatiempo frívolo. Madero no hizo nunca profesión de bondad, aun cuando era la bondad misma, al punto que ésta no era sino el efecto simple y natural de su carácter: por eso ante todo, antes aun que su inteligencia, cultivó su carácter. Cuando Madero erró, cuando lo comprendió, corrigió siempre su error con apresuramiento, sin detenerse en pesar los peligros y esta fué la mejor prueba de su nobleza: no dejar deudas morales. Madero prestó todo el apoyo y todo el auxilio que pudo a todo movimiento o institución establecidos en pro del bien. Madero no fué nunca sectario. Madero no llevó nunca carteles ni por dentro ni por fuera y fué *plenamente humano*. Madero no descansó hasta comprender el significado del mundo y el objeto de nuestra vida y redujo su mundo a un cosmos racional. Madero, antes de obrar, se preguntó siempre: ¿qué mandan la justicia y la nobleza? Y por eso murió en paz consigo mismo, *porque practicó durante toda su vida hasta el momento de su muerte, las veinte máximas del más sabio de los filósofos contemporáneos: Thomas Davidson.*

La heroica viuda del Maestro me escribe: "Su carta, que he leído con emoción y gratitud, me demuestra que la obra redentora que mi esposo inició y su buena fé para servir a su patria y a su pueblo, ha sido comprendida por todos los corazones honrados y que su memoria será bendita".

Me conmueve la carta de esta mártir y evoco un recuerdo que parece muy lejano. . . . La conocí en San Pedro, recién casada, viviendo una vida suave, patriarcal, en compañía de un esposo adorado y tierno. No olvido la expresión dulcísima de sus ojos cuando le miraban. En el comedor de aquella modesta casita, yo, agente-viajero, le mostraba una lista de conservas alimenticias. Cuidadosa y deferente, con esa gracia tan especial de la mujer mexicana, consultaba al esposo que asentía sonriendo con enternecedora placidez. Y obtuve una orden insignificante, un pedido de esos que los viajeros llamamos "pedidos de deferencia," los que más estimamos no por la ganancia que no compensa el tiempo empleado en obtenerlos, sino por la buena gracia con que son hechos, porque se nos pide lo que no hace falta y sólo para estimular nuestro trabajo. Por la noche, en el hotel, mis compañeros se admiraron de aquel "pedido" pues "el matrimonio vivía con gran modestia y sólo comían legumbres". Alguien agregó: "es verdad, pero dan mucho a los pobres". Desde aquel momento, con un empeño que crecía a medida que la figura de aquel hombre se dibujaba en el horizonte con colores de más en más precisos, me puse a remover cielo y tierra interrogando a mis clientes, comerciantes, abogados, médicos, hacendados; llevando mis investigaciones hasta provocar las confidencias sinceras e ingenuas de sus empleados, de sus peones, del cargador que transportaba mis petacas, del mozo de estribo que me acompañaba por todas las fincas algodoneras de aquella riquísima región. El mismo Checné Campos, comprador de los coñacs más caros, arrendatario de la finca "El Compás" perteneciente

a sus parientes los Luján y famosísimo más tarde por haberse revelado contra él, se expresó así: "No hay mejor amigo ni hombre más bueno ni más virtuoso que Pancho Madero en toda la región". Mis visitas a la región lagunera, a Monterrey, a Parras, se sucedían hasta dos veces por año y por eso, cuando su elección a la Presidencia de la República estuvo asegurada, pude telegrafiar a mi hermano sintetizando mi convicción ya entusiasta, en los siguientes términos: "Vamos a ser gobernados por el mejor, el más honrado y el más puro de los mexicanos, hijo y esposo de santas".

Algunos años después de aquella primera entrevista, el Círculo de Dependientes de Orizaba ofreció una velada en honor del futuro Presidente, bajo el patrocinio del Gobernador Aillaud. Como éste llegara tarde, el Apóstol-Libertador fué colocado entre su esposa y otra heroica mujer hoy miserable y olvidada, si nó perseguida: Carmen Serdán. Y dije a mi mujer que me acompañaba: "Fíjate en ese cuadro y reténlo en la memoria. El, el hombre, tenía negros y completos sus cabellos hace cuatro años: hoy, sus cabellos son escasos y son blancos algunos de los que cubren sus sienes. Ella, la mujer, no tenía una arruga en el semblante y una expresión de dicha, de paz, de lozanía irradiaba en su persona: hoy es una figura trágica, marchita y lamentable. Nadie diría que ese hombre y esa mujer van a Chapultepec, sino al cadalso."

Y entre la indiferencia estúpida de aquellos criollos que acogían a su libertador sin un viva porque les pareció inadecuado hacerlo en aquel salón, se elevó un grito, uno solo, el mío: ¡Viva Madero! porque comprendí, en medio de aquella multitud semi-elegante y anodina, toda la comunión de aquellas tres almas noblemente abnegadas, toda la concepción ideal que las lanzó al terrible esfuerzo, a la formidable aventura, juntas las manos como juntos los corazones; toda la grandiosidad de una visión trascendente; todo el dramático dolor ante aquel primer vislumbre de ingratitude; todo el vasto delirio de un

sueño realizado al fin... e incomprendido por la masa pantalonésca, insubstancial y estulta; porque comprendí en aquellas dos caras prematuramente envejecidas, el primer asomo del desengaño, como también comprendí, en medio de todo y a pesar de todo, el derrumbamiento de una civilización y el surgir laborioso de la nueva.

Acabo de conversar largamente con dos criollos metropolitanos... Ambos son funcionarios del gobierno de Huerta. Uno de ellos desempeña aquí en la Habana, una comisión permanente y el otro viene a acompañar a su suegro. Ambos abominan de Díaz, de Huerta, de Félix y de Madero principalmente. En cambio, no ocultan sus simpatías por... Villa (aquello de la cargada, Sr. Bulnes!; acabamos de recibir la noticia de la toma de Ojinaga) y se manifiestan de perfecto acuerdo en que Huerta se ha rodeado de la peor canalla existente en la República. Contaron horrores de la administración que los está pagando. No los transcribo aquí porque aunque los juzgo verosímiles, poca confianza me inspiran estos señores y no creo que me traigan nada nuevo para la Historia. Además, no me llamo Chucha. Como en una conversación de dos horas con criollos metropolitanos era imposible no hablar de Madero, salieron al sol los viejos clichés que tan exhuberante vida dieran a "El País", "El Mañana" y demás consortes. Cuando sacaron el de los setecientos mil, argüí tímidamente que si los gobiernos tienen un "fondo secreto", no veía porqué un Comité Revolucionario no había de tenerlo más legítimamente, en el supuesto de que en realidad don Gustavo o don Ernesto se hubieran rehusado a mostrar los comprobantes, circunstancia que nó me constaba en manera alguna, y añadiendo que la cantidad me parecía bien corta, si se tenía en cuenta el hecho de que una revolución nó se hace sin grandes gastos de dinero efectivo que nunca viene del cielo y que hay que reembolsar con el compromiso, quizá, de no revelar su procedencia. El pueblo

mexicano pagaba su libertad con setecientos mil pesos. A un señor alemán que nos acompañaba le pareció perfectamente justificado el argumento, apoyándose en que todo movimiento armado requiere una costosa preparación, sin contar con los gastos de guerra que son forzosamente un verdadero derroche. Agregó el señor alemán que si los proveedores financieros de la revolución arriesgaron "uno" en tan aventurada empresa, juzgaba muy legítimo y muy bien ganado que se les pagara "dos", admirándose de que don Gustavo Madero, cuya fama de negociante había llegado a hacerse legendaria en Cuba misma, hubiera pasado al gobierno de su hermano tan irrisoria cuenta de gastos que un elemental principio de honradez lo obligaba a guardar secreta. Si don Gustavo Madero hubiese revelado los nombres de los acreedores de la Revolución, Huerta los habría asesinado más tarde.

Como la reposada manera de razonar del extranjero fuera bastante convincente, aquellos débiles espíritus no tardaron en confesar su ex-maderismo, convertido más tarde en declarada aversión por la "canana", la "Porra", "Ojo Parado" y demás calamidades públicas. Ante la declaración de uno de ellos, de haber militado en el "Partido Constitucional Progresista" y aun pertenecido a un club del que también formaba parte el Licenciado Miguez Díaz Lombardo, le pregunté los motivos concretos de su separación, y en lugar del formal "yo acuso" que esperábamos después de una conversación tan vehemente, obtuve esta contestación pintoresca, expresada con visible turbación, con el desagrado del que siente su dedo cogido contra la puerta: "Pues no sé. Yo veía que aquello se estaba desmoronando...."

¿Existió la porra? Francamente, perdónenme ustedes— es tan difícil declararse contra las verdades "hechas"— pero yo lo dudo. Voy temiendo que Sánchez Santos le haya tomado el pelo a todo el pueblo criollo (el que

sabe leer y escribir). Mientras más me hablan de ella, menos la veo.... Hubo un momento en que la vimos en todas partes. Así como en crímenes se pregunta: ¿Dónde está la mujer? y en política internacional: ¿dónde está Inglaterra?, en México, en todo negocio sucio se preguntaba dónde está "La Porra" o esta sola variante que nos descansaba un poco de aquella monotonía: dónde está "Ojo Parado". Se acostaba usted con "La Porra" y se desayunaba con "Ojo Parado". En el aperitivo, "La Porra", en la sopa, "Ojo Parado". En la Bolsa Minera veía usted más "ojos parados" que cifras de cotizaciones. Iba usted a misa, pues el padre oficiante se lo decía en latín y cogía usted en repulsión aquél ojo solitario con que pintan a la Divina Providencia. Aquel símbolo del crimen estaba en todas partes, como el ojo de la conciencia en el gran verso de Victor Hugo. El compás de la "logia" evocaba un ángulo de aquel ojo de vidrio, pesadilla del pueblo criollo durante quince meses de tracas, corrupciones y venalidades de toda suerte. ¿Quería usted concesiones? Afiliarse a "La Porra" o asociarse a "Ojo Parado". Encontraba usted de improviso a un grande y buen amigo, le tocaba el hombro afectuosamente y el amigo iniciaba: Oj.... Cada uno de los diez o veinte amigos con quienes diariamente tenía usted su puntita de conversación, era portador de una bella fábula, peinada y almidonada y se la espetaba a usted sin misericordia: ¿Sabe usted que "Ojo Parado" se robó La Sauteña?—No —contestaba usted para probar que estaba mejor enterado— pero se está arreglando con Don Inigo.—También dicen que le está dando dinero a Zapata para quedarse con todas las fincas de Morelos.—No lo crea usted, es que quiere tirar a su hermano, pobre Parcho!

Para negar la existencia de "La Porra" o de "Ojo parado" se necesitaba un verdadero valor civil, pues aquella "Porra" que en un principio se limitaba a Pino Suárez, Gustavo Vasconcelos, Sánchez Azcona, Pani, Urueta, Rendón, Duque, Garza Perez, Cabrera, Bordes

Mangel, Samuel Vázquez, unos cuantos, se extendió más tarde a todos los maderistas convictos o confesos. Como mis opiniones eran conocidas, alguien me dijo una vez: "Oiga usted, yo sé que en "La Porra" se hacen buenos negocios, ¿no quisiera usted presentarme?....— Pero, amigo, interrumpí, si yo no soy de "La Porra". Yo soy comerciante y jamás he pertenecido a club, ni a partido ni a secta alguna. Y el hombre se alejó con cierto gesto entendido, como diciendo: "Qué vivos son estos de "La Porra", nó se descubren nunca."

Aquella obsesión tan general, tan compacta, llegó a inquietarme porque afectaba grandemente a mis negocios. Mis correrías de agente-viajero me ponen diariamente en forzada conversación con quince o veinte personas de todas las clases sociales, y sépanlo los señores gobiernos: nadie está en el mundo mejor enterado que el confesor y.... el agente-viajero. El político (de provincia, principalmente) que se muestra reservado aun con sus amigos, el político perderá los estribos con el viajero porque éste, ave de paso, le presenta una modalidad nueva, un espíritu imparcial y desprovisto de compromisos y preocupaciones, una conversación libre, suelta, y cierta pericia profesional para captarse la simpatía y la confianza. El vasto y propicio campo de observación en que operamos, nos pone en mejor situación que el vigía en su faro, porque estamos lejos de todos y cerca de cada uno, pues sólo vemos su cara una vez al año y cada vez nos presentamos con la misma cortesía amable, fresca y sonriente. El agente de ciertos ramos, inteligente y caballero, jamás sorprende ni quiere enterarse de las intimidades domésticas, pues siempre sabrá estimar la simpática predilección de su cliente; pero estará siempre mejor enterado que el cura mismo— cuyo campo es demasiado local y circunscripto al elemento femenino— y en mejor posición para comprender los movimientos, las transformaciones, el estado, en fin, de la opinión pública, sus preferencias, y sobre todo, sus temores.